

## EL CORREO DE LA REVISTA

CARLOS ILLESCAS

Amigo de siempre:

Podría ocurrir que un día de tantos te hallaras perdido, por decirlo de alguna manera, en el centro de la ciudad. Al galrete; más llevado por los pasos que por la voluntad, viendo aquí, mirando allá, sin reparar realmente en nada. Sobre toda cosa, andarías más ocupado en ti mismo que de cuanto es el mundo abigarrado de la ciudad de México al mediodía.

Más de una vez comprobarías que cruzar una calle es asunto difícil y que, sin duda, es más fácil descender del mono que de un camión. Con tal reflexión sonreirás corño deseando poner buen humor a los pasos que te llevan.

Consultas el reloj, no a fuerza electrónico o de alto precio, y descubres que el tiempo eronológico ha perdido su presencia traducida a imposición, mandato y requisitoria. El tiempo es más bien permanente fuga a la desgana de la inconsciencia y el anodamiento. Ni siquiera experimentas sed pese al calor imperante, hambre, menos. Nada acuciante determina tu vagar y por lo mismó, quizás, eres feliz, porque de manera tangencial, te sientes libre.

De pronto cobras conciencia de ti mismo; en forma particular al sentir el empujón que una señora voluminosa te da. con la cadera, o al escuchar la salmodia del changador que avanza portando sobre los hombros un pesado bulto: "Ahí va el, bulto... ahí ya el bulto." Llamado de atención que atiendes y te apartas aprisa con el propósito de conservar íntegro el físico. Y entre uno y otro aviso de este jaez, tú, náufrago en el mar urbano, tornas posesión de ti mismo, y entonces, es lo probable, experimentas una suerte de consternación abrasiva. Se trata, amigo del alma, de que no es hasta este momento en el que te descubres vagabundeando mientras la mayoría de las personas responsables con el progreso del país y el destino del universo se hallan ocupadas en fecundos quehaceres. Enrojeces un poco, te limpias el sudor de la frente, frotas las palmas de las manos en los faldones del saco (puedes llamarlo chaqueta, si te acomoda), y avanzas aprisa para mostrar a los cien mil ojos de la responsabilidad que te observan, que eres persona confiable y que, llegado el caso, puedes poner en todo el poder de tu firma la persuasión, la laboriosidad y el triunfo en las lides de la vida.

Y así, viendo aquí y allá en busca de motivos pragmáticos, reparas en una librería de viejo (puedes decir de lance, si te viene bien). Determinado por tu amor a los libros usados entras en ella. No tienes necesidad de saludar a nadie porque nadie repara en tu presencia y de inmediato te dedicas a mirar, tomar entre las ojear libros que sí dan testimonio de que los siglos producen tanto polvo como el que oscurece el alma, ay, de un amante insatisfecho.

Convencido de que no vas a comprar volumen alguno, miras y remiras, contemplas con descaro a una hermosa señorita entretenida en atarse un zapato y al momento en que ella se percata de tu curiosidad, tú, sorprendido con los ojos en la masa, desvías la mirada hacia otro punto, con la rapidez del arco avezado de Francescatti al configurar en su violín la particularidad de un glissandi. Principias a aburrirte al enfrentar pilas de libros de autores cuyos nombres no te dicen nada, cuando de pronto, al llegar a un embalse de sombras reposadas en la vuelta de un estante, sientes la necesidad insoslayable de citar a Quevedo, al prodigioso cadáver de cuya vida vivimos y morimos muchos. No pospones, sino más bien sin pedir permiso a la buena memoria, dices para ti, sin más ánimo que sacudir las pesadumbres de la existencia a la vista de tantos libros apilados, el famoso soneto que corre así...

Retirado en la paz de estos desiertos  
con pocos, pero doctos libros juntos,  
vivo en conversación con los difuntos,  
y escucho con mis ojos a los muertos,  
si no siempre entendidos, siempre abiertos,  
enmiendan o secundan mis asuntos;  
y en músicos callados contrapuntos  
al sueño de la vida hablan despiertos.

Las grandes almas, que la muerte ausenta,  
de. injurias de los años vengadora,  
libra ¡oh gran don Joseph! docta la imprenta.

En fuga irrevocable huye la hora;  
pero aquélla el mejor cálculo cuenta  
que en la lección y estudios se mejora.

Y bien precisas, aprendiz de erudito sin oficio, que esta hermosa pieza la escribió Quevedo ya en plena vejez, comido de excentricidades y acosado por muchos infortunios, entre los cuales el confinamiento en la torre de San Antonio Abad (¿así se llamó el lugar donde agonizó tantas veces?) no era el menor. Ganado por un profundo decaimiento de espíritu él acertó a escribir versos tan hermosos como el soneto que has recordado, el cual dedicó a su amigo el impresor don lusepe Antonio González de Salas, “... ¡oh gran don Joseph! . . . “

En un tris de caer en la ensoñación a que llevan los memoriosos detalles de fijar nombres y fechas sin fin, observas una mariposa de colores vivos; ha entrado en el local destinada a producir el prodigio porque se posa exactamente en el vértice que forma el escote (si quieres puedes decir descote, allá tú) en el ligero vestido de la señorita por quien enrojeciste momentos antes. Te haces cargo de el terror que la acomete debido a la extraña (pero explicable) elección que hizo la mariposa. No sabes qué hacer mientras ella trata de sacudírsela. Todo a un tiempo se agolpa en ti, porque quisieras espantársela pero al mismo tiempo conservarla en el sitio donde se halla. Lo primero te obligaría a ahuyentarla o acaso a aplastarla en el lugar de los hechos, y lo segundo a dejar que complete su misión milagrosa. Ha entrado la primavera, por lo tanto las primeras mariposas buscan las primeras flores. Todos tus complejos romántico obsoletos se precipitan en turbión. Cuando decides operar ya el problema ha sido resuelto: un insectólogo ha entrado en el negocio y con gran cuidado ha tomado el rarísimo ejemplar que se le había escapado momentos antes. Todo es risas, disculpas, sonrojos y, como se dice en el lenguaje mexicano, “ahora a otra cosa mariposa”.

Una elevada pila de libros de gran formato solicita tu atención. Sin dejar de observar a la joven que comenta el incidente con un hombre, al parecer su maestro de rumano, te diriges al promontorio que forman muchos ejemplares, todos de un mismo título, la celebrada obra de Denis de Rougemont: Amor y Occidente.

Al conjuro de la palabra amor despiertas la secreta ansiedad que traza tu camino desde hace varios años. De la misma manera que un chorro de luz se precipita en un cuarto oscuro al ser abiertas de par en par las bandas de una puerta en la hora de mediodía, así penetra en ti un rostro cuyo encanto no solamente mariposas azules te hace ver, sino unicomios puestos de rodillas frente a damas medievales, o tucanes que al aletear dejan caer nieve dorada.

Los ojos del dueño del negocio clavados en ti con insistencia te devuelven a la realidad y preguntas por el precio del libro al momento de poner en sus manos un billete de alta denominación. No esperas el cambio; sales dispuesto a marchar lejos, a otro sitio en el cual puedas estar a solas contigo.

Mientras avanzas más, todavía solo, hacia una mayor multitud de personas, llega a tus oídos el acento de una suerte de canto gallego cuyas palabras repites:

Meu amor, meu amerinho,  
ond'estas, que non te vexo?  
morro-me de stiidades  
e dia a noite en ti penso.

Y ahora, sensibilizado hasta lo enfermizo, recuerdas haberle escrito un día a tu amada estas palabras que no sabes dónde pudiste haber leído: “Beviré en soledad de ti y en compañía de los dolores que en tu lugar me dexas. . . “ Y es como si te dieras cuerda a ti mismo porque sin inipedito de las niñeras que conducen encariolados niños, te precipitas en esta canción que has memorizado con la finalidad lisa de mantener la llama del patetismo amatorio siempre encendida:

¡Oh fuente de crueldad,  
de lloros y sentimientos,  
robo de mi libertad,  
y soledad de mis tristes pensamientos!

Y cuanto empezaba a ser fuga sin fin para instrumentos de suspiro, tú lo tornas ficha bibliográfica, aparato crítico, por el cual, sin ir lejos, topas con fray Pedro Fabo del Corazón de María, quien recogió a principios del siglo XX en Colombia oriental, de donde procede la familia de Juan Mora Rubio, la siguiente copia. “Empréstame tu ojitos / para completar dos pares; / que con los míos no puedo / llorar tantas soledades.

El bulto que forma el libro de Rougemont entre tus manos hace sensible la necesidad de ojearlo. Con un peine de bolsillo abres aquí, abres allá. Lees una línea, te abismas en un concepto; más de uno te parece intenso, otro no tanto. Tristán e Isolda ocupan las páginas; ambos son espejo de amantes, sobre todo desdichados. Nunca tuvieron sosiego, acogotantes peripecias rasgaban las horas de su entrega, que, lo era y no lo era. El predominio del deseo sobre el acto, la imaginación estimulada por la presencia, la ausencia por la cercanía. Todo lo contradictorio en uno para establecer que el infierno de los enamorados ha sido predominio del erotismo a partir, tal vez, de los seguidores de León Hebreo pero aclimatados bajo los rayos del sol medieval cuando occidente inventó el amor, vamos a dwirlo, occidental, el mismo que complementan Tristán e Iseo, Romero y Julieta, Calixto y Melibea, la bella Tarifa y Abindarráez los amantes de Teruel y cuantos desdichados más que hallaron en el toque del infinito masoquismo compartido la salvación de la carne. Pero qué manera también de vivir lo vivible, es decir lo que acumula pugnacidad debido a que la vida en el amor busca la vida y los amantes ofrecen su dilatado morir. Y es todo tan fácil. Todo no tendría más repercusión que prescindir de las ideas, de la estúpida inteligencia periclitante y obtusa, pero vaya, occidente nos ha aprehendido entre sus perfumadas garras y nos destina, a unos el papel de Tristán y a otras el papel de Isolda.

A un paso, queridísimo filósofo de parques amargados, o filósofo amargado de parques intranquilos, de abismarte en una suerte de tumulto pirronista o excepticismo a la carta, rectificas tu pasos y comprendes que el hecho de que, el amor sea la flor azul en movimiento inaprehensible y cruel, no significa que tú que militas en la izquierda debas cambiar de bando, peluca, gabán, chaqueta (saco, si tú quieres), banca, canal de televisión prosa por poesía, ensayo por informe, ministerio por alcaldía, noche por día, auxilio por socorro, mamila por copa de hacará, mabrino por bacín, Ives Montand por Reagan, Cantiflas por Reynoso, en fin. El hecho de que el amor sea el pennanente gambito del rey jaqueado por la reina, no quiere decir que pierdas congruencia y le suenes a la vida y al decoro dos cachetadas de las que si siquiera hacen época.

Tomar conciencia de lo grotesco, afectísimo mío, no implica otra cosa más que publicar en formas diferentes la protesta implicada en vivir dando la cara a la situación. Lo grotesco cuando incendia con sus fuegos los heniles, los tuyos y los míos, entonces deja ver con mayor altitud (¿inalcanzable?) al amor, el supremo amor, el que deseamos nuestro y no de don Tristán y de doña Isolda. Y he aquí,: pues, que las sublimaciones de la música en Wagner (¿recuerdas el liebestod?), en cine lean Cocteau, en literatura Rougernont, devienen particularidad de lo pequeño burgués porque tú debes enfrentar los formalismos que van desde cómo llamar

a una puerta hasta cómo modular la voz para no herir, en lo posible, el delicado tímpano de la mujer que amas y que, sin duda, también te ama, pero que teme hacerlo porque anticipándose a don Tristán de Leonís se sitúa siempre en el Edén en el momento en que el ojo del Padre Eterno condena el amor como pecado apenas redimible. Y tú también compartes dicho código (secreto) y optas por la poesía, ahora refugio de las apetencias garcilasianas, devota de il Petrarca, para el final de cuentas sin saber cómo un día empiezas a cortar los árboles con la tizona de Orlando a fin de ver que tu amada es de carne y hueso pero divina, desmontable del tinglado donde la has colocado pero infinitamente sensible, inteligente, bien encajada en su papel transformador de un mundo que, por fin, vislumbra el matriarcado como acto final de la revolución mundial debido al signo de Eros. Entonces tú, todavía en el parque donde juegan niños y niñas que lamen paletas heladas, estás a un paso de llamar a la gente para que escuche lo que sería proyecto de proclama signada por la erotomanía marxista. He aquí, gentil amigo, a donde lleva lo grotesco como toma de conciencia frente al infinito misterio del amor.

¡Y pum!, una de las criaditas te mira sin verte, pero con extrañeza y sin decir agua va, la balada de “Las trenzas Negras” del inmortal Muhamadje, algo más que el FranQois Villon de Afghanistan, te inunda el espíritu:

Aunque mis caricias se hundieron en la espesura de las trenzas negras.  
Y mis besos como abejas, libaron en la espesura, de las trenzas negras.  
Anoche mis manos se hundieron en el misterio de las trenzas negras.  
Y mis besos, como abejas libaron en la dulzura de las granadas y en los perfumes de la garba florida del cuello de mi reina, la garba de las trenzas negras.  
Y con mis dientes mordí la piel dorada de su oreja.  
Anoche mis caricias se hundieron en la espesura de las trenzas negras, y mis besos, como abejas, libaron en la espesura de las trenzas negras.

Y bien que la obviedad no desagrade cuando se produce con ampliación de tropo en movimiento, ¿por qué no decirlo? a título de repetición anafórica. Tú, lector atentísimo, lo entiendes de una buena vez al percatarse que la criadita-lame-paletas al momento de las antífonas (¿verdad que lo son?) de Muhamadje, sin otro cuidado que el de la coquetería hace resbalar sus trenzas por el pecho. Viva el amor dices, porque en este punto de la sensibilidad suscrita por la contemplación intelectual, descubres que estás enamorado de la vida y quieres infinitamente más a la mujer que te impone su ausencia. Sin más, pides que la guitarra gitana que llevas por espíritu tiemple mejor la prima, porque te hayas dispuesto a lanzar estas deliciosas soleares que escribió en momento feliz Manuel Machado...

La veredita es la misma  
pero el queré es cuenza abajo  
el olvidar cuesta arriba.  
Me va faltando el sentío  
Cuando estoy alegre lloro  
Cuando estoy triste, me río.  
¿De qué me sirve dejarte,  
si dondequiera que miro  
te me pones por delante?

Las manos sabias encordan el ocho, tafletean alhelés del aire y la criadita ha trocado su rostro por el de tu amada más presente ahora que nunca. Sí, todas las mujeres son una como el aire, las flores, el cielo, las flores, el cielo. Sonríes de tus propias vaciladas pero sabes que algo se está transformando; las cosas son diferentes; son música, más sonrisa, más sonrisa, más severidad, más Ausías March: “Con esta seguridad / que tomé de mi dolor, / un muro en la voluntad / con que no tenga temor / que memoria / con engaño de

su gloria / le haga fuerza de amor.”

Te sacude recordar al prodigioso catalán. Desearlo y hacerlo es todo uno. Extraes del fondo de tu chaqueta (americana, si lo deseas), tu libreta de notas; rebuscas y hallas lo que quieres:

Qui no es trist de mos dictatz no cur  
o n'algun temps sin trist estat,  
e lo qui es de mais passionat,  
per fer-se trist, no cerque loch escur.  
Lija mos dits monstrans penssa torbada,  
sens algun'art exists dom fora seny,  
e la rahó qu'en tal dolor m'empeny  
Amor ho sab, qui n'es causa estada.

Qué manera de sentir la vida. Lees la traducción a la lengua castellana, de los versos de Ausías March, por quien Don Quijote eleva preces de caldeante admiración. “No se cure de mi canción quien no esté triste: / sólo quien lo haya estado alguna vez / sólo quien viva afligido de males / para entristecerse no busques lugar oscuro. / Lea mis palabras que muestran pensamiento turbado, / surgidas, sin arte alguno, de un hombre que está fuera de sí; / y la razón que en tal dolor me empeña, / Amor lo sabes, que ha sido la causa.”

El reloj cumple su función. Al verlo descubres que debes encaminar tus pasos hacia tu casa. Alguien te saluda a la distancia, agitas la mano con actitud de borrar del aire quién sabría decirlo qué geroglíficos y te encaminas a la estación del metro más cercana. Te excusas de atestiguar los detalles desagradables y para hacerlo te centras en ti, ya que eres el mejor camino para llegar a tu amada. La miras arder frente a tus ojos. Auscultas cuanto tienes de combustible esperanzado y caes en la cuenta que todo cuanto eres arde en silencio, en forma ciega. Pero tal visión es aparente, debido a que la llama que vislumbras, propia de la mujer que amas, procede de la entraña mejor caldeada de tu pavesa. No puedes evitarlo y dices- “llama de mí” ante el estupor de quienes guindados de los pasamanos o colgaderos, atisban con atención felina el momento en que se ,desocupe un asiento al cual acudir como de rayo, atropellando, mal'diciendo, invocando al infierno.

La llama crece y crece con impulso. Se eleva recta, consume a los presentes, funde los metales, comunica un dilatadísimo calor tan imaginario como real. Los chirridos de los vehículos son llama, las miradas de los rateros, vendedores ambulantes, ramerillas, cajeras más tisis que mejillas, señoras gordas de pudibundas rodillas, y todo el totu revolotu de aquella perversión del cielo terrenal, es llama, la llama que arranca de ti y es tu amada.

Y más llama lo es el niño ciego cuyo canto se acompaña con maracas y güiro rasposo. Su bolero corre así:

Escrito está en mi alma vuestro gesto,  
y cuanto yo escribir de vos deseo;  
vos sola lo escribistes, yo lo leo,  
tan sólo, que aun de vos me guardo en esto.

En esto estoy y estaré siempre puesto;  
que aunque no cabe en mi cuanto en vos veo,  
de tanto bien lo que no entiendo creo,  
tomando ya la fe por presupuesto.

Yo no nací sino para quereros;  
mi alma os ha cortado a su medida;  
por hábito del alma misma os quiero.

Cuanto tengo confieso yo deberos;  
por vos nací, por vos tengo la vida,

por vos he de morir, y por vos muero.

Cline, cline, cline. Se dilatan con brevedad los sonidos de monedas que caen en el bote que una niña presenta a los pasajeros abrasados por la impetuosa llama. Tú por toda moneda depositas tu corazón en el fondo del recipiente menesteroso, sabedor de que es la parte de ti cuyo contenido calórico rebasa toda medida imaginable. Presencias cómo arde, y cómo la llama ecumeniza sus resplandores.

El analista sin duda va a someter tu ensoñación a las más dilatadas consideraciones y para empezar, y para mediar y para terminar, te pedirá la descripción de la dama por cuyo amor practicas, la piromanía, tú, nuevo, devivio Eróstrato.

Lo haces durante una, dos, diez, veinte, mil sesiones. Todo el tiempo es poco. Tu palabra es espacio continuo; la masa se energetiza merced al verbo en cuyo centro prosigue ardiendo ella (la que hubiera amado tanto) y se hace tiempo, un solo tiempo o luz en expansión perpetua.

El analista al final del tratamiento, diagnostica con seguridad clínica ejemplar: “Usted ama a esa mujer.”

Termina el recorrido. Ahora sí impone la vida moliente y corriente sus prosaísmos. Desciendes del metro. Te dueles de un pisotón, endureces el brazo a fin de que el rebote impuesto a una vieja maloliente y quisquillosa no te dañe las costillas. El rodillazo que te llega a las corvas procede de un posible burócrata a quien no alcanza el sueldo y no podrá casarse nunca. La señorita perfumada que viajó a tu lado se le ha resbalado el chongo y no sonríe, no quiere ser ángel, no quiere tener nada que ver con Garcilaso, con Ausías March, contigo que estuviste a un paso de calcinar a la humanidad. El metro no es calumnia para quienes suscriben el realismo, es realismo para quienes rehúyen la calumnia.

Un veinte. Cae en las tragaderas mecánicas del teléfono público. Nadie responde. No es hora. Aún no termina el caos. Caminas. El sol es vulgar, no sabe otra metáfora que, caer a plomo. Te parte la mother tener que esperar a que termine un vendedor de pólizas en el siguiente teléfono, a varias cuadras de la estación del metro. Escuchas los ruidos intestinales de una ciudad llena de humo. Las fritangas no son nobles; tienen siempre un color satinado como de mala pintura. Te embadurnas los ojos. Tristán e Isolda no tienen nada que hacer aquí. Wagner que puso tanto hierro en los estacatos heroicos también dulcificaba la voz de sus atletas poéticos al hacerlos decir cosas dulces bebidas a boca de flor. Y Wagner no tiene nada que hacer frente a las fritangas. Animales muertos. Principio y fin de la vida para que la glotonería haga de un delicado heptasílabo algo más contundente que un eructo de cualquier Durazo hinchado de poder. No, no es bella la realidad vista con los lentes de aumento de las carnitas en vitrina: “Dos de nana, por favor. A mí tres de buche. ¿Qué tal están los machitos?... ¿Y la maciza?...” Monsieur Roland Barthes gozaría con lápiz afilado anotando códigos y subcódigos a fin de enseñarnos a gozar los textos perfectos que escribe la espantosa realidad.

¿Y el amor dónde está? Parecería que ha huido a mejor majada; pero no. También está aquí con la finalidad de ser detectado en seres que no por horribles dejan de ser humanos y de pronto otra vez la llama, el incendio todorredentor. Lo único horrible es el idealismo sin salida, porque nosotros mismos podemos ser alimento, y en realidad lo somos. No es necesario recurrir a elaboradas alegorías para percatarnos cómo nos devoran las fauces insaciables de los poderes imperiales que domestican al mundo. Tú, hermosa muchacha que no terminas de decidir tu boda con el burócrata del tres por cuarto, eres comida de Elena Rubinstein, de la lactógeno, de los condones el gallo, de las plumas sheaffer, de los altibajos del peso en la bolsa internacional, de las agendas preparadas por los reguladores de la prostitución identificada con turismo. Tú, abogado especializado en desahucios eres algo más que filete en manos de la mafia internacional, tú poeta jacarandoso cuyas habas se cuecen a la luz de la lumbre atizada por un posible premio Nobel, eres parte de las acciones de los tragandalbas de la historia. ¿Dime lector amigo, en nada patetizable, quién no es parte de un festín para los señores que rigen, limitan, talan, amputan, emasculan, desfondan, embalan por el ano nuestras vidas? Tú eres la nana requerida por Mister Sam, tú los machitos, solicitados por la Thatcher, tú, la tripa requerida por el rey de la salchicha: big leager (si quieres, cuarto bate) de la historia debidamente fecalizada.

Entre caníbales te veas. Y bien que ocurre tan ominoso vaticinio. ¿Y el amor; por fin, el amor?

Vuelves a llamar. Varios millones de años te responden con frescura de manantial hecho de llamas vivas. De nuevo tu combustible funciona. Y dices: “llama de mí”. En cuestión de minutos decides comer con tu amor. Las ancas de rana se imponen. ¿Langosta? La sensación de soledad ha desaparecido. Wagner ensaya sus mejores confesiones. Tristán e Isolda ya no trabajan para la muerte. Más bien es la vida con todas sus tibias sutilezas.

Encaminas los pasos hacia casa de tu amada. Sabes que el mundo gira con velocidad regulada. Un pájaro extraviado se atreve a posarse sobre un cable de alta tensión, No tenles por su vida. Comprendes que el animalito sabe más que tú. La docta ignorancia del alado hermano, invoca y obtiene el patrocinio del hermano de Asís.

Se te ocurren versos, Girones de días felices, de noches transparentes. La brasa ciega del entusiasmo ha dejado de serio. La llama prosigue su labor de misericordias, de vísperas llamadas por campanitas de plata y albricias sacudidas como los sistros de una obra teatral hecha de verdades.

Y vaya con la memoria. Te has dejado, lector amigo, el libro de Denis de Rougemont, en la caseta del teléfono. Ni siquiera ensayas el menor movimiento para regresar a recuperarlo. Será otro el beneficiado con la lectura. Tú ya tuviste suficiente con un día mediante el cual dilapidaste cachitos de imaginación y emplazaste el concepto del amor a responder por ti, por la humanización del asno, por el hombre, por el monstruo. Ya basta, dices. Las flores se especializan a tus ojos en ser proyecto de bailarinas del viento. Aspiras a apoderarte de una, desistes, porque muchos años de civilización lo impiden. Impedimento y tabú. A la flor se le corta para algo concreto, para una finalidad con fin. Y te echas el palindroma cuya verdad espeluznar “Sé brutal o no la turbes.”

Tu mano; el dedo índice; mejor, el del corazón, oprime el timbre en casa de tu amada. Esperas con gran silencio interior mientras cercanamente dos gatitas maúllan y sonrén y producen semanas de coquetería con sus lomos obedientes a la carga de neurosis que los seres humanos les trasegamos.

Se abre la puerta. Y una llama recatada en el vano, parece cantar esta viejísimo canción mientras ofrece su mejilla al más apasionado de los amadores, tú...

-Gentil caballero  
dédesme hora un beso,  
siquiera por el daño  
que me habéis hecho..

Y hasta otra vez, amigo querido  
Tu Amigo.